EL DOCTOR SIMARRO Y LA PSICOLOGÍA ESPAÑOLA

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Helio Carpintero *

Señores Académicos:

Con el mayor agrado he recibido la indicación de nuestro Presidente, sugiriendo que me ocupara, en esta ponencia ante Vds., acerca de la figura de don Luis Simarro, primer catedrático de psicología experimental en la universidad española y figura iniciadora de la historia del cultivo de ese campo científico dentro de nuestra cultura. En 1902, tras una oposición brillante, Simarro inició la enseñanza universitaria de la psicología en nuestro país. Este curso, por tanto, se cumple el centenario de aquel señalado momento. Parece, pues, oportuno, traer aquí a consideración su figura y su obra, ya que la psicología, concebida como uno de los actuales saberes sobre el hombre, encuentra en esta casa su lugar natural de existencia académica, y en ella viene estando representada desde hace ya un cuarto de siglo.

Comenzaré por notar que la incorporación de la ciencia psicológica a la cultura española corre paralela a la de otras ciencias sociales. Hace un par de años se recordó el centenario del establecimiento de la primera cátedra universitaria de sociología, que ocupó Manuel Sales y Ferré, y por aquellos años de cambio de siglo también se iniciaron los estudios de antropología con figuras como M. Antón y T. Aranzadi. La psicología, a la que se venía prestando atención en las últimas décadas del siglo XIX, encontró en don Luis Simarro la persona que iba a asumir la responsabilidad de ser su primer representante académico en la universidad.

---

* Sesión del día 23 de octubre de 2001.

En realidad, los desarrollos presentes de este campo de conocimiento entre nosotros sólo de una manera indirecta guardan relación con la obra de los pioneros de hace un siglo. Como en su momento diré, nuestra guerra civil produjo un corte tremendo entre las primeras realizaciones de comienzos del siglo XX y el relanzamiento del interés por estos temas en la segunda mitad de esa centuria. La psicología de hoy debe casi toda su realidad a los esfuerzos de los maestros universitarios del pasado reciente, entre los que hay que mencionar a Mariano Yela y José Luis Pinillos, a Miguel Siguán y Francisco Secadas, todos ellos agrupados y animados en torno a la dirección de don José Germain, allá por los años cincuenta.

No obstante, los psicólogos españoles hemos tenido un enorme empeño por recuperar el hilo de la continuidad con lo que fueron los iniciadores y las primeras realizaciones en nuestra parcela del saber. Como resultado de todo ello, en nuestra historia científica y profesional ocupa un lugar indiscutible don Luis Simarro Lacabra (1851-1921), el primer catedrático de psicología experimental de la Universidad española. Aunque fue hombre de obra muy reducida, ejerció una amplia influencia sobre muchos de sus discípulos, y le corresponde en justicia buena parte del mérito por la institucionalización de la nueva ciencia psicológica en nuestro país.

A recordar su figura y su obra van dirigidas las páginas que siguen.

MARCO GENERACIONAL

El protagonista de esta historia, don Luis Simarro, ha nacido en 1851. Podemos, pues, considerarle como miembro de la generación de 1856, generación con la que, en Europa, empezaría, en opinión de J. Marías (Marías, 1961) lo que consideramos «nuestro tiempo». A ella pertenecen gran número de figuras prominentes de nuestra cultura; se incluye ahí un considerable grupo de científicos de la ciencia natural —S. Ramón y Cajal (1852-1934), R. Turró (1854-1926), J. Ferrán (1850-1929), J. Rodríguez Carracido (1856-1928), L. Torres Quevedo (1852-1936)...—, y también de espíritus «científicos» de las ciencias del espíritu — M. Menéndez Pelayo (1856-1912), Julián Ribera (1858-1934), Eduardo de Hinojosa (1852-1919), José del Perojo (1852-1908), Manuel B. Cossío (1858-1935), Francisco Ferrer Guardia (1859-1909), Francisco Rodríguez Marín (1855-1943)...—; de innovadores en las artes y las letras: Emilia Pardo Bazán (1852-1921), Leopoldo Alas (1852-1901), «Silverio Lanza» (1856-1912), Darío de Regoyos (1857-1916), Juan Maragall (1860-1911), Isaac Albéniz (1860-1909)..., y de constructores de una nueva política —Pablo Iglesias (1850-1925), Jaime Vera (1859-1918), Antonio Maura (1853-1925), el conde de Romanones (1863-1951)...

Estos hombres y mujeres han vivido en su juventud «los amenes de un reinado», el final de «la corte de los milagros» que dejó retratado Valle Inclán en páginas extraordinarias; han experimentado luego los vientos románticos de la libertad, el republicanismo, la desintegración cantonal y colonial del país y los efectos de una tremenda inquietud social, religiosa y política. Y todos ellos comienzan luego a reconstruir el país en el marco de la restauración, iniciando una aproximación a Europa que han conocido muchos emigrados retornados, y en cierto modo unidos por una inspiración que podría tener como lema el propuesto por Cánovas: «reanudar la historia de España».

Había que reanudar esa historia al nivel del tiempo. Y ello suponía renovar —o repristinar— la mentalidad del país, a través de la reforma de la educación —como hará Giner y la Institución Libre de Enseñanza, y lo pretenderá a su modo la Escuela Moderna de Ferrer Guardia—, de la sensibilidad literaria —el naturalismo de la Pardo Bazán o «Clarín», la pintura social de los años ochenta— recuérdese por ejemplo: «Aún dicen que el pescado es caro...», de Sorolla (1895) —(Jover, 1987), y desde luego la llegada del espíritu positivista (Núñez, 1980), la absorción y difusión de las ideas evolucionistas, y el desarrollo de la antropología y la sociología. En el núcleo de intelectuales institucionistas, la inquietud sociológica se extiende, como es bien sabido, hacia el derecho, con figuras como E. Soler o el propio Giner, el derecho penal de P. Dorado Montero, la sociología de M. Sales, la historia de R. Altamira...

A la par de ese movimiento, en Europa se desarrollaba, con gran fuerza, la nueva ciencia natural de la mente, la psicología, que en gran medida había encontrado en Leipzig, por obra de W. Wundt, la forma y propiedades de un modelo epistemológico de ciencia natural y positiva que atraía el interés de jóvenes investigadores de todo el mundo.

La incorporación de la psicología como ciencia a nuestra cultura es también resultado del esfuerzo del núcleo intelectual institucionista. Giner, movido por sus inquietudes de jurista y educador, se interesó muy pronto por la «nueva psicología». Pero de un modo ya profesional y temático iba a ser Simarro quien, como ya se ha dicho, protagonizaría la incorporación de la nueva ciencia a la universidad.

Conviene, para comenzar, tener presente las líneas básicas de su perfil biográfico.

PERFIL BIOGRÁFICO

Luis Simarro Lacabra es una personalidad universal con una fundamental raíz valenciana de familia y de vocación. Formado y educado en Valencia, envuelto en su juventud en las agitaciones cantonales de aquella ciudad, luego casado con una dama valenciana y convertido en terrateniente de naranjos y marjales, amigo estrechísimo de Sorolla, haría su vida en Madrid, donde encontró los ambientes intelectuales y científicos que necesitaba para realizarse como persona. Conviene tener presentes algunos datos. Había nacido en Roma, en 1851, mientras su padre, pintor, estudiaba allí la pintura italiana. Es la época en que los pensionados españoles en Roma aspiraban a trazar grandes cuadros de historia, «pintura anecdótica... de rebuscada inspiración y empachada de literatura» (Lafuente, 1953, 478), de que iba a disfrutar la naciente burguesía.

Su infancia, no obstante, está marcada por el drama. El padre —de quien por cierto queda un diagnóstico frenológico de Cubí que lo presenta como bien dotado, entre otras cosas, en acometividad y destructividad (Colom, 2000, 60), en lo que fue tal vez la primera relación de la familia Simarro con la psicología, murió en seguida; la madre se suicidó y el hijo quedó con unos familiares escasos de recursos. Es una historia de niño pobre y brillante, que gracias a ayudas ajenas, entre ellas del historiador valenciano Vicente Boix, pudo comenzar a estudiar Medicina en aquella ciudad en 1868, el año de la caída de la monarquía de Isabel II y triunfo de la revolución.

La revolución trajo en Valencia, como en otros lugares, afanes federalistas. En 1869 hubo un episodio insurreccional y, con tal motivo, se organizó un cantón valenciano en que el joven Simarro parece haber sido miembro activo de la Junta. En aquellas circunstancias vino a significarse como figura radical y republicana. Posiblemente esto explique su posterior choque con un catedrático de medicina, y su traslado a Madrid para terminar los estudios y, poco después, doctorarse (1875).

Era, en este mismo tiempo, el comienzo de la Restauración. Su progresismo y su afán de ciencia casaron bien con el proyecto entonces en marcha de fundación de la Institución Libre de Enseñanza (ILE) (1876), donde se iban a fundir educación, ciencia y moralidad laica para lograr la transformación del país.

Simarro, personalidad progresista, se vinculó con F. Giner y la Institución, dando clases de física y fisiología, y publicando artículos en su *Boletín* ya desde 1877. Parece que le introdujo en este círculo el doctor Federico Rubio, quien, con

Simarro, el doctor C. M. Cortezo y algunos más, habían emprendido la tarea de renovar la enseñanza de la medicina, apoyando a Pedro González de Velasco (1815-1882), el gran anatomista y antropólogo, fundador del Museo Antropológico, y organizador en Madrid de una Escuela Práctica Libre de Medicina y Cirugía que aspiraba a difundir una visión moderna de medicina experimental.

Los nuevos aires del positivismo y del evolucionismo atraían a los jóvenes espíritus y se iban imponiendo a los más conservadores. Resultó toda una señal del cambio el que en la enfermedad de la reina Mercedes se llamara a consulta, aunque sin éxito terapéutico, al republicano doctor Rubio, cuya ciencia se impuso por encima de los prejuicios y prevenciones palatinos.

En la vida de Simarro parece haber habido pocos acontecimientos, aunque esos pocos eventos cabe suponer que imprimieron cambios de cierto calado en su existencia.

Su iniciación juvenil como profesor y como clínico, pronto debieron dejarle insatisfecho. Como profesor de la ILE, dio clases de anatomía y fisiología que quedaron reflejados en algunos artículos divulgativos en el BILE sin superior pretensión. Alguna conferencia muestra su amplio saber y sus lecturas sobre la neurología de aquel momento, una neurología pre-cajaliana que en seguida iba a cambiar. En su quehacer clínico, fue médico por breve tiempo en el Hospital de la Princesa (1876), y luego director facultativo del Manicomio de Santa Isabel, de Leganés (Madrid), donde un par de años más tarde iba a chocar con la institución. De ese tiempo, no se refiere ningún particular hecho ni logro (Moro y Villasante, 2001).

Aunque profesionalmente comenzaba a estar situado, la necesidad de ampliar horizontes y conocimientos le impulsó a realizar una estancia, de cinco años, en París, entre 1880 y 1885. En la hora en que muchos espíritus comienzan a dar su fruto personal, se dedicó a trabajar junto a figuras médicas relevantes de la neurología y la psiquiatría (Mathias Duval, Ranvier, Magnan y Charcot) (López Piñero, 1983); también parece que frecuentó a figuras como el filósofo y político Nicolás Salmerón, que se hallaba exilado tras la aventura de la I República. Alguna vez he notado que Simarro se despidió de Charcot y abandonó la Salpetrière casi al tiempo en que llegaba allí Sigmund Freud. Mientras el maestro francés dejó en éste una huella imborrable y radical, no parece haber ejercido influjo específico alguno sobre el psiquiatra madrileño.

También es posible que en París entrara en contacto con la masonería, donde iba a alcanzar unos años más tarde los más altos grados. Su vida dentro de

la organización iba a ocupar buena parte de sus esfuerzos en los años de madurez, atraído sobre todo por el libre pensamiento.

A su regreso, se dedica a la práctica privada de la neurología. Interviene como perito en juicios famosos, en algún caso colaborando con su amigo y colega Jaime Vera. Logra gran éxito social (Cortezo, 1926, 18), contrae matrimonio con una rica dama valenciana, y mantiene al mismo tiempo viva su afición a la neurohistología, que ha adquirido en París.

Guarda relación con esa afición la historia curiosa de su relación con Cajal. El hombre culto y de éxito que era Simarro enseñó a Cajal los recientes avances en tinción del sistema nervioso que había logrado Camilo Golgi. Pero ahí está la diferencia: Simarro enseña a Cajal un método, y este, con la nueva información, y su pasión por la investigación, llegará a ser la figura inmensa de quien todavía hoy se sigue aprendiendo neuroanatomía y neurofisiología; aquel tuvo en su mano aquella misma información, y prácticamente no la explotó, ocupado sin duda en mil otros quehaceres. Es esta una amistad vacilante. Los dos se enfrentaron en 1892 al aspirar a la cátedra de Histología normal y Anatomía patológica de la Facultad de Medicina de Madrid. La ganó Ramón y Cajal y ello dio ocasión a un moderado distanciamiento entre estos dos grandes espíritus.

Tras volver de París se había reincorporado al Hospital de la Princesa como médico, y se orientó además hacia los temas de antropología e higiene. En el Museo Pedagógico, que dirigía Cossío, pudo organizar un pequeño laboratorio antropométrico (1893) que representó un primer intento de levantar en España un laboratorio interesado en temas psicológicos, concebidos en sentido amplio. Allí hizo trabajos sobre la fatiga escolar infantil; también dio cursos de psicología en el Ateneo de Madrid y, finalmente, obtuvo brillantemente una cátedra de Psicología experimental (1902) recién creada en la Sección de ciencias naturales de la Facultad de Ciencias madrileña, en cuyo marco iba a comenzar el lento progreso de esa disciplina en nuestro país.

Sus años de cátedra plantean mil cuestiones al investigador. En esta etapa, parece haber impartido lecciones muy brillantes —como lo recuerda Lafora (Rz. Lafora, 1987). Al parecer, su curso, ofrecido como opcional en el doctorado de ciencias, tenía muchos alumnos —según consta en una reciente investigación sobre el tema (Bandrés *et al.*, 2002). En ese tiempo no publica prácticamente nada, salvo un par de prólogos, uno para presentar a los lectores un manual de T. Ziehen (su *Compendio de psicología fisiológica*, 1910), que sin duda vino a sustituir y modernizar el *Compendio de psicología* de Wundt que hasta entonces había empleado en

sus clases. Y aunque parece haber estado muy interesado en el análisis de tests, todo indica que se limitó a aplicarlos a su ahijada, una niña de seis años, sin obtener conclusión alguna (Bandrés et al., 1988).

Sobre todo, hay en su vida un hecho que marca un antes y un después. Tras los sucesos de la Semana Trágica de Barcelona de 1909. Francisco Ferrer, maestro anarquista fundador de «La Escuela Moderna», fue considerado como inspirador de los disturbios y, finalmente, ajusticiado. Simarro, rehaciendo a su escala un hispano «affaire Dreyfus», caso con el que él mismo hizo explícito su paralelismo (Simarro, 1910, 198 n.), dedicó grandes esfuerzos a defender y rehabilitar la figura del maestro librepensador. Nada tiene de extraño, pues, que un historiador reciente le haya caracterizado como «profesor de psicología dedicado a la política republicana» (Ullman, 1972, 507 n.). Su tesis general es que el gobierno de Maura, actuando «a instigación de intereses católicos» habría cargado toda la responsabilidad de la rebelión sobre el maestro anarquista, que ya una vez había librado con bien de la persecución de la justicia con ocasión del juicio a Mateo Morral, un par de años antes (Ullman, 1972, 542). Dominado por la preocupación de lograr una apertura mental de la sociedad española liberándola de lo que llamaba «trabas confesionales y oscurantistas», editó un detallado análisis del proceso mental y social que condujo al final dramático de Ferrer, análisis que basó en el examen y contrastación de noticias, opiniones y declaraciones de los diversos protagonistas implicados en el suceso (Simarro, 1910). Evidentemente, al hacerlo creía luchar en pro de la libertad de pensamiento, tanto dentro y como fuera de nuestro país. El libro, por cierto, advertía que «por apremios del tiempo», el prólogo de B. Pérez Galdós que debía haber incorporado figuraría en el volumen segundo, cosa que no se llegó a realizar. En todo caso, se conoce el manifiesto que Galdós hizo público en varios periódicos en octubre de 1909, «Al pueblo español», inmediatamente antes de que fuera fusilado aquel personaje (Ortiz, 1995, 684). Es interesante esta colaboración de Galdós con Simarro, que confirma la comunidad de actitudes de estas dos personalidades republicanas ante el «caso Ferrer».

Curiosamente de esta época se conserva un juicio muy notable acerca de su imagen pública. El gran economista Antonio Flores de Lemus (1876-1941), estudiando en Heidelberg, en 1912, escribe a Giner considerándose a sí mismo como un «economista neomercantilista, imperialista, militarista a la Prusiana», y contraponiendo su figura a la del «Sr. Simarro, médico-psicólogo», a quien encontró allí de viaje para un homenaje a Wundt en sus 80 años. El psiquiatra le parece ser «un entusiasta del individualismo democrático (cum grano salis!) americano» (cfr. Velarde, 1982). Araquistáin lo llamó «irreducible individualista... ingénitamente anárquico» (Araquistain, 1987, 328). No hay duda de que a principios de siglo, este hom-

bre veía en los Estados Unidos el país donde la ciencia se difundía por toda la nación, al tiempo que daba a todos sus ciudadanos un sentido pragmático del saber y de la vida (Simarro, 1903, 418; vid. Carpintero, 2002).

Apoyó la creación de instituciones que renovaran la mentalidad nacional, como la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, o la Liga para la Defensa de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Aceptó ser miembro de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (1907) —de la que dimitió tres años después para luchar sin trabas en el caso Ferrer— y, por otra parte, tomó parte muy activa en las tareas de la masonería, desde 1913, llegando a ser elegido Gran Maestre del Grande Oriente español en 1917 (Ferrer Benimeli, 1987).

A raíz del «caso Ferrer» parece haber dedicado más tiempo a sus quehaceres como miembro de la Logia, y menos a sus ocupaciones de cátedra, aunque no por ello perdió contacto con discípulos más jóvenes, que habían de proseguir con nuevo vigor la tarea de implantar la psicología científica en España. También, si hay que entender ciertas palabras de Hermenegildo Giner, a raíz de su campaña política parecen haberse enfriado sus buenas relaciones con la Institución (Giner, 1987, 342).

Vivió cerca del mundo del arte y la literatura. Sorolla, valenciano como él, ha dejado varios retratos del amigo; Juan Ramón Jiménez, al que albergó durante algún tiempo en su propia casa, hacia 1902 o 1903, junto con Achúcarro, guardó siempre un recuerdo admirativo hacia la biblioteca del doctor, y un particular cariño a su persona. Dejó plasmada esta singular viñeta:

«Don Luis Simarro me trataba como a un hijo. Me llevaba a ver personas agradables y venerables, Giner, Sala, Sorolla, Cossío; me llevaba libros, me leía a Voltaire, a Nietzsche, a Kant, a Wundt, a Spinoza, a Carducci.

¡No sé las veces que alejó de mi alrededor, dándome voluntad y alegría, la muerte imaginaria!» (Jiménez, 1965, 173).

En 1920 Simarro, viudo durante muchos años de su primera mujer, contrajo nuevo matrimonio, pero su vida estaba ya agotándose, y murió al año siguiente, en Madrid. Al no dejar descendientes, legó la mitad de su fortuna a una fundación que promoviera la psicología experimental mediante investigaciones, cursos, becas y publicaciones (Yela, 1987). Precisamente ese mismo año de 1921 vino a celebrarse en Barcelona la Segunda reunión internacional de psicólogos aplicados, que resultó ser el primer Congreso Psicológico Internacional celebrado en España. El tiempo de la psicología empezaba a contar en nuestra sociedad.

EL CONTEXTO INTELECTUAL

Sorolla ha retratado a su amigo sentado ante el microscopio y rodeado de las cabezas curiosas de algunos discípulos. Es el retrato de un histólogo, no de un psicólogo experimental.

Se ha dicho con algún fundamento que las cátedras de psicología en Alemania fueron surgiendo en facultades de filosofía para dar cabida a fisiólogos que encontraban cubiertas todas las cátedras de esa materia en las facultades de medicina. Se ha hablado, para referirse al fenómeno, a una «hibridación de roles» (Ben David y Collins, 1966). Y es bien cierto que la psicología experimental europea, y luego la americana, pretendió en el último cuarto del siglo XIX aplicar al estudio de la mente y de sus funciones — la sensación, la percepción, la memoria, la atención, la conciencia...— los métodos experimentales de la fisiología.

Dicho esquemáticamente, la filosofía habría aportado para su consideración los problemas de la subjetividad, con una larga tradición de estudio entre empiristas y racionalistas; los biólogos, a través del evolucionismo, contribuyeron a situar la realidad de la mente entre los objetos naturales, biológicos, que el hombre ha llegado a poseer a través de un proceso de cerebración creciente en el decurso de la evolución de las especies; y en fin, los sociólogos habían mostrado que, en efecto, la mente humana evoluciona no sólo biológica, sino también socialmente, a través de diversos estadios socioculturales —los famosos «tres estadios» de Comte, u otro esquema similar. Se imponía analizar la mente desde ese horizonte biológico natural, como base para un efectivo conocimiento del cambio histórico social de las mentes, y, aún con mayor precisión práctica, para poder fundar con rigor el cambio mental en que consiste la educación del niño por el adulto.

De esa convergencia de inspiraciones surgió la moderna psicología. Como dijo William James, lo que había era «la vieja psicología que empezó en tiempos de Locke, más un poco de fisiología del cerebro y de los sentidos, y teoría de la evolución, y algunos refinamientos de detalle introspectivo...» (James, 1962/1899). Pero de toda esa acumulación de aparentes pequeñeces surgiría una ciencia nueva, muy pronto capaz de orientar la acción práctica en múltiples situaciones.

Simarro, en sus años parisinos, pudo tal vez escuchar de labios de su autor el ilusionante futuro que Salmerón pronosticaba al nuevo estudio del cerebro. Según él, en este singular órgano se encontraría la clave de unidad entre empirismo e idealismo, y mientras la psico-física recuperaría «la unidad indivisa de la realidad», la nueva psicología fisiológica integraría los eternos contrarios de la con-

ciencia y la inconciencia, el mecanismo y la teleología, pues para todos ellos el «punto de cita... es el cerebro del hombre» (Salmerón, 1878, xiii). Simarro, al regresar de París, ya hemos visto cómo adhirió al proyecto educativo de Giner y de Cossío, al modelo de enseñanza de la ILE, y a la investigación educativa y actualización de conocimientos que el Museo Pedagógico representó. Sus modestos trabajos sobre la fatiga infantil venían a insertarse en la línea de los estudios del italiano Angelo Mosso sobre fatiga, y de G. Sergi, G. Stanley Hall, A. Binet y tantos otros, que habían comenzado a pensar en la psicología del niño como saber práctico para lograr insuflar eficazmente las enseñanzas en su mente.

Ya indiqué antes que Giner tuvo muy pronto interés por combinar la nueva psicología fisiológica con la antropología filosófica del krausismo que aprendió de Sanz del Río. Incluso dictó un curso, que aparece recogido en sus *Lecciones sumarias de psicología*, de 1874, curso que en su reedición de 1877 ya hace mención de los nuevos trabajos de Wundt, Fechner, Lotze, Spencer y Helmholtz, con cuyas ideas comenzó a renovar el esquema antropológico krausista recibido de su maestro. Giner quería incorporar la psicología a la escuela, no sólo para facilitar el conocimiento del maestro sobre el niño, sino incluso para que el niño de la escuela primaria comenzara a reflexionar y pensar por sí mismo, ejercitando sus facultades, capacidades y potencias. Con escándalo para algunos pedagogos franceses, como Gabriel Compayré, en la ILE se empezó enseñando psicología a los niños, contando sobre todo con el talento y la aguda sensibilidad de José de Caso, persona muy próxima a Sanz del Río.

OTRAS APROXIMACIONES DE LA ÉPOCA A LA PSICOLOGÍA

En realidad, la introducción de la psicología, como también de buena parte del pensamiento de la época, tuvo lugar a través de dos corrientes, y no una sola: una que tuvo por centro Madrid, y la otra asentada en Barcelona.

El núcleo madrileño crece y se desarrolla fundamentalmente gracias a los esfuerzos del grupo de institucionistas, en relación con el cual se halla gran número de espíritus más o menos afines, más o menos independientes, que se interesan por la ciencia y la modernización del país. En el entorno de Giner se mueven figuras que van desde Valera y la Pardo Bazán, a los Ignacio Bolívar, Rafael Altamira, Azcárate, Posada, y tantos más. Cercano, también, se halla S. Ramón y Cajal, quien tras recibir el Premio Nobel en 1906, contribuirá con todas sus fuerzas a la renovación mental del país, a través, entre otros cauces, de la Junta para Ampliación de Estudios.

El papel de Cajal en relación con la nueva psicología no puede ser ignorado.

Hemos ya mencionado la amistad, no exenta de luces y sombras, entre Cajal y Simarro. Pero conviene tener presente que el primero, además de su pasión por el conocimiento del sistema nervioso, tuvo siempre encendida la llama del interés por la psicología. Hoy se conoce bien la concepción básica que acerca de esos procesos alcanzó a construir, más como hipótesis sugerentes que como teoría estricta (Ibarz, 1994).

Su investigación histológica le condujo, como es bien sabido, a una teoría neuronal del sistema nervioso, base de la actual concepción del mismo. Por fuerza había de ver el psiquismo como el resultado del funcionamiento de esas neuronas. Incluso llegó a hablar de una «psicología objetiva o histología psíquica» (Ramón y Cajal, 1905, XVI) que relacionaría lo psíquico y lo fisiológico, explicando esto segundo a lo primero.

Sin entrar en los detalles de su concepción general, se inclinó hacia una doctrina asociacionista, donde los enlaces entre ideas dependerían de las conexiones nerviosas, y donde los procesos de sueño y de actividad estarían relacionadas con un segundo tipo de células cerebrales, las células glia, intercaladas entre las células neuronales. En general, creía que desde la psicología se podrían formular hipótesis que la fisiología, última explicación de los procesos, podría iluminar.

Es, a mi juicio, ambiguo el efecto que ejerció Cajal sobre la naciente psicología española. Aunque por un lado parecía estimularla y apreciarla, resultó de hecho cierto que él y su escuela ofrecían una alternativa tentadora para quienes se habrían podido acercar al estudio de aquella en nuestro país. En efecto, ofrecía la posibilidad de entrar a trabajar en un grupo científico de la mayor calidad, con un programa investigador perfectamente definido y reconocido, que en el fondo parecía acercarse desde su base material a los temas mentales de que el psicólogo quería ocuparse. Y ello, además, en un tiempo en que la psicología carecía de bases de investigación, y cuando su máxima figura académica, el único catedrático que la cultivaba, se entregaba a campañas de defensa del librepensamiento en apoyo de un maestro anarquista barcelonés, cuestión políticamente tal vez admirable pero discutible en cuanto a su utilidad para la investigación experimental. ¿Cómo dudar en la opción entre una u otra línea de estudio?

La segunda línea de modernización científica venía por Cataluña, y pasaba por el laboratorio que allí creó, en Barcelona, Ramón Turró. Allí también encon-

tró la psicología, si no especialistas e investigadores, sí un ambiente favorable y receptivo.

Turró ha sido en ocasiones considerado como la más notable mentalidad científica y positivista catalana, que se vio atraída por los temas filosóficos de la realidad y el conocimiento, a los que iba a aproximarse desde su particular posición de biólogo. Concebía los fenómenos orgánicos y los psíquicos como aspectos o manifestaciones de una unidad vital orgánica que se conserva y automantiene (Domingo, 1970). Acentuó así la visión unitaria, holista, global del organismo, a partir de la cual, a partir de 1910 o 1912, iba a polemizar con los filósofos sobre las cuestiones del conocimiento. Éste, a su juicio, se iniciaba impulsado por el déficit nutricional, por el hambre (*Orígenes del conocimiento. El hambre,* 1916). Aptitudes y facultades tendrían todas una base y un valor biológicos. Y los mecanismos tróficos sentarían las bases de la relación con el aprendizaje y la experiencia de lo real como tal.

Estaríamos así ante una explicación desde la totalidad del organismo que destaca su carácter activo y adopta un punto de vista genético; pero en definitiva, «es una explicación psicológica —o quizá, más aún biológica— que pretende responder a un problema filosófico» (Siguán, 1981, 155-156).

Esto, que quedaba a mil leguas de los intereses de Simarro, pudo en cambio servir para que los discípulos de Turró, desde la medicina, empezaran a estudiar el funcionamiento del organismo como unidad puesta a prueba en diversas situaciones. Y ahí se abrió un camino, que desde su discípulo y maestro de fisiología, Augusto Pi Suñer, iba a pasar el testigo de la investigación a los jóvenes de la generación de 1900 y singularmente a Emilio Mira y López, quien iniciaría la labor de aclimatar, por cierto con enorme éxito, la nueva psicotecnia o psicología aplicada a la vida cotidiana de los españoles de principios de siglo.

LA OBRA DE SIMARRO

Resulta inevitable preguntarse por las ideas científicas de nuestro autor. Y para empezar, hay que notar que nunca expuso su doctrina psicológica por escrito de modo completo y sistemático. Contamos solamente con unos cuantos artículos y escritos dispersos, que tan sólo dan una idea aproximada de su pensamiento.

De su etapa de juventud, antes de su estancia en París, queda principalmente una conferencia acerca de las «Teorías modernas sobre la Fisiología del Sis-

tema Nervioso» (1878) pronunciada en la Institución Libre de Enseñanza de Madrid. Es ésta una visión histórica de la fisiología del sistema nervioso, con admirativo recuerdo de Huarte de San Juan, donde termina por pensar que entre las funciones de las células nerviosas debe haber una, si bien «completamente desconocida», que sea la «condición de la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad» (Simarro, 1878, 202). Estas funciones pueden considerarse como una «suma de actos reflejos simples» (Simarro, 1878, 205), enlazados de modo determinístico y causal e integrados por estímulos y respuestas, que podrían formar comportamientos complejos por mera combinación de unos con otros.

Esa reflexiología básica la venían manteniendo fisiólogos ingleses como William Carpenter, franceses como Claude Bernard o J. Luys, y rusos como I. Sechenov. Era, pues, algo que estaba en el espíritu del tiempo. Y también pertenecía a ese mismo espíritu su agnosticismo ante la libertad y la conciencia, algo que se le mostraba como un «misterio profundo» (Simarro, 1878, 213).

En síntesis, encontramos a un «primer» Simarro defendiendo unas tesis de tipo determinista, reflexiológicas, y conectadas con otras de tipo evolucionista, basadas en la idea de adaptación biológica y ante las cuales la conciencia aparece como una incógnita, cuestión reservada a la filosofía y no a la ciencia positiva.

A su vuelta a España en 1885 emprende nuevas tareas que le acercan a la psiquiatría y la psicología. Ya hemos mencionado sus aproximaciones a las cuestiones educativas y en particular a la fatiga, sobre la que trabajaría algún tiempo en el Museo Pedagógico. Pero no se debe olvidar que en los retratos de su amigo Sorolla, éste lo captará siempre ante un microscopio, entregado a tareas de investigación probablemente histológica, en ningún caso psicológica o comportamental.

En otras ocasiones y lugares me he detenido a rastrear su sistema de pensamiento a partir de unos epígrafes del programa de un curso de psicología (García Martí, 1948, 198-200) profesado hacia 1896 o 1897 en el Ateneo de Madrid. Mi impresión, repetiré aquí, es que éste debió ser un curso impregnado de biología evolucionista, paralelismo psicofísico, y agnosticismo en relación con la naturaleza última de lo psíquico. El fondo último de la actividad psíquica parece que puede ser comprendido desde el modelo del asociacionismo, modelo que explica no sólo los procesos normales sino también los síndromes y las alteraciones del sentimiento y la personalidad (Carpintero, 1994).

Así pues, hacia 1896 Simarro estaba presentando un curso de psicología dentro de lo que eran las líneas vigentes en el resto del mundo occidental.

A principios del nuevo siglo, hacia 1904 y 1905, dio un curso del que conocemos los resumenes de uno de los discípulos asistentes, luego un psicólogo y profesor de filosofía notabilísimo, bien que de vida corta y desdichada, el gallego Juan Vicente Viqueira, persona muy próxima a Manuel B. Cossío. Estas notas se hallan en su libro sobre *La psicología contemporánea* aparecido póstumamente en 1930 (Viqueira, 1930, 55-60).

En este curso, aparecen ciertos rasgos nuevos. En sus lecciones hay una profundización de las líneas de su pensamiento en una dirección funcionalista, con numerosas expresiones que apuntan directamente a las ideas del gran psicólogo americano William James. Un botón de muestra: Define la psicología como una ciencia de «hechos que constituyen el fluir de la conciencia» (Viqueira, 1930, 55), conciencia ligada a un yo que presenta, al igual que el «yo» de James, varios núcleos o niveles: el «Yo sentido», o estado de ánimo, y el «Yo activo», o la personalidad. (Tal vez no sea inoportuno recordar aquí que unos pocos años más tarde, en 1909, se publicó la traducción castellana que hizo D. Barnés de los *Principios de Psicología* de James).

Ambos autores explican las operaciones de la mente en términos de asociación de ideas, la cual vendría posibilitada por un proceso fisiológico de facilitación que forma vías en los centros nerviosos, lo que Simarro llamó «iteración» —o repetición (1930, 58), base en su opinión no sólo del hábito y la memoria, sino incluso de la inteligencia (Simarro, 1902).

Y dejo para este final la consideración de un texto que hasta ahora no ha sido nunca —hasta donde yo sé— citado ni estudiado. Se trata de unas conferencias sobre la «Misión de la ciencia en la civilización», profesadas en Valencia hace ahora cien años, el año de la obtención de su cátedra. Se impartieron dentro de un curso de varia temática, organizado por la Universidad popular de aquella ciudad.

Estas lecciones presentan una visión naturalista y positivista de la evolución social. Constituyen, tal vez, uno de los más puros documentos «ilustrados» de la cultura española de la época (Simarro, 1903, 2002; vid. Carpintero, 2002).

Defendía en ellas la idea de la evolución de los pueblos, desde el «salvajismo» hasta llegar al nivel de civilización, suponiendo que la cultura —la ciencia— es fruto de Grecia, y de las peculiares condiciones de la vida griega: el cosmopolitismo y la mezcla de razas, un cierto escepticismo y pluralismo de opiniones, el afán de originalidad personal, el racionalismo y el espíritu laico. Y como resulta que la civilización occidental tendría por fundamento «la ciencia y el arte» (Simarro,

1903, 392), y ambas creaciones culminarían en el mundo heleno, cabría pensar que —como aquí se afirma—, «toda la civilización del mundo es griega» (1903, 411). La ciencia, basada en el supuesto o postulado de la regularidad de fenómenos (id., 415), es aquí identificada con reflexión, sistema y saber «de la vida» —haciéndose una mención expresa a la idea famosa de Spinoza de ser la filosofía una meditación sobre la vida—; pero es una meditación que, como dice Mach, economiza el pensamiento (id., 412) y produce una mente crítica libre de dogmatismo. Para una mente que se atiene a la «razón común de todos los hombres» (id., 414), la ciencia es un objeto natural de conocimiento, pero es también una realidad que tiene aplicaciones. Básicamente tres, se nos dirá: la producción de una técnica que transforma el mundo, la formulación de metas o fines para el hombre, y incluso, la transformación del hombre mismo mejorándole en su naturaleza (id., 419).

La ciencia es obra colectiva que implica colaboración. Según Simarro, Giner habría demostrado que la ciencia es un producto de la colaboración social (id., 418). Esta colaboración difiere según los países; a su juicio, mientras los alemanes mantendrían una distancia absoluta entre el técnico y el obrero, en los Estados Unidos ambos cooperarían en un cierto pie de igualdad, haciendo de esa sociedad un ejemplo de impregnación por la ciencia y la técnica.

Estas conferencias rezuman admiración aticista, frecuente en su momento. (En un manual escolar de historia se recordarán unas palabras de Sumner Maine: «Excepto las fuerzas ciegas de la naturaleza, nada actúa en el mundo que no sea griego en su origen» [Moreno Espinosa, S.A., 120] No hay ni ha habido nada como los relieves del Partenón, el atomismo griego, la cerámica de Tanagra o la pintura de los vasos atenienses — que, según se nos cuenta, sus amigos pintores Joaquín Sorolla y Emilio Sala veían «como la cosa más perfecta» (id., 408). «Resulta, pues, que toda la civilización del mundo es griega» (id., 411).

Ciertas notas traslucen una personalidad fuertemente anticlerical: ¿enseñar latín?, se pregunta; si fuera para acceder a la cultura antigua, bien, pero si es «como hoy se enseña para leer tonterías en latín del Vaticano, no merece la pena que se enseñe» (id., 411).

Sobre todo, domina en él la convicción ilustrada de quien cree que «en el mundo no puede haber más ventaja que el saber» (id., 439). El saber es poder, en última instancia, es poder intelectual y social. Difundirlo, y transformar así los espíritus, supone restablecer en lo posible la justicia social, potenciar el país, y cumplir con la ética del hombre racional.

Estas páginas muestran a Simarro como intelectual de su tiempo, que poseía una conciencia regeneracionista muy aguda respecto de su patria. Sintió como Giner o Cossío el deseo de renovar el país a través de la acción educativa y de la incorporación de la ciencia a nuestra sociedad. Supo, además, que una cosa es leer libros y otra bien distinta investigar y hacer ciencia. Pero, a la postre, terminó escogiendo una vía de influencia socio-política, y un marco social para su acción, que pagó al precio de una obra de ciencia no realizada ni en esbozo.

LA ESTELA DE SU OBRA

Hay muchas luces y sombras en torno a esta figura, en cuyas manos estuvo por primera vez puesto el destino de la ciencia psicológica española.

Estructuralmente, la creación de la cátedra hace ahora cien años representaba aparentemente un paso promisor. Sin embargo, de hecho aquel núcleo careció de lo que en todos los lugares donde la psicología floreció ésta había tenido: un laboratorio experimental.

Además, su posición dentro de los estudios de doctorado de la Facultad de Ciencias, como asignatura opcional, la hizo sólo un complemento para los innumerables aspirantes interesados en una formación psicológica, que se acercaban allí desde el ámbito educativo, clínico o profesional. Y así vino a suceder que varias figuras que le eran muy cercanas, terminaron derivando hacia la filosofía o hacia la neuropatología, dos disciplinas que, como hemos visto también atraían intensamente al maestro. Ese fue el caso de Juan Vicente Viqueira, que terminó sus días en una cátedra de filosofía de instituto, o el de los neurólogos Nicolás Achúcarro, y G. Rodríguez Lafora, que de sus manos pasaron a las de Alzheimer y Kraepelin en Alemania, y orientaron básicamente sus carreras en el campo de la neurología y la psiquiatría.

Hubo, a nuestro juicio, un momento en que pudo todo haberse encarrilado. En 1914 se creó el patronato nacional de anormales, y ahí educadores, médicos y personas interesadas en psicología encontraron frente a sí un campo amplio por roturar. Achúcarro primero, y tras su súbita muerte, Lafora, amigo y discípulo suyo, intentaron hacerse cargo del problema. Su alejamiento del mundo educativo oficial y los roces de intereses les hicieron abandonarlo muy pronto.

Los esfuerzos por incorporar en nuestro país la psicología se reformularon en Cataluña, de la mano de la reforma europeísta que allí implantó Enric Prat de la

Riba, prócer deseoso de dar a la sociedad catalana desde la Mancomunitat un horizonte de industria, cultura y burguesía que sentara las bases de una identidad regional. En ese ambiente, la formación profesional se convirtió en motor de muchas transformaciones sociales. Eugenio d'Ors elaboró la teoría de la «obra bien hecha», y ponderó el modelo humano del trabajo ilustrado que creyó ver ejemplificado en la figura de Bernard de Palissy. En los nuevos tiempos, el trabajo bien hecho pasaba por el conocimiento de las aptitudes y destrezas del individuo, es decir, por la orientación profesional. Con ese motivo, algunos discípulos de Turró y de Pi Suñer orientaron sus intereses hacia la naciente «psicotecnia». En 1918, se creó en Barcelona un Laboratorio Municipal de Orientación, con un servicio de psicotecnia a cargo de Emilio Mira y López. Comenzaba ahí la marcha desde la psicología aplicada a la psicología básica, o a la psicología científica en cuanto tal. En la universidad, las cátedras de psicología habían quedado incrustadas en las secciones de filosofía. Sin embargo, en los años de la República, la educación llegó a convertirse en un área académica reconocida, y ello trajo como consecuencia la inclusión de nuevos cursos de psicología, por ejemplo los de Emilio Mira en Barcelona, orientados ya en sentido científico moderno. Un cuarto de siglo después de la fundación de la primera cátedra, empezaba a dar pasos firmes la institucionalización de la nueva disciplina.

El admirado y recordado miembro de esta Academia Mariano Yela recordó alguna vez que el año que murió Simarro nació él en Madrid, que iba a sucederle pasados muchos años en una cátedra que también se denominaría de «psicología experimental». No cabe aquí sugerir proceso alguno de continuidad a través de alguna forma de transición reencarnadora como algunos pueblos de Oriente aceptan.

No cabe tampoco admitir la continuidad de aquel pasado en nuestra más inmediata tradición de posguerra, porque la psicología de Simarro, la de Lafora, y Mira, y algunos más, fue completamente barrida por la guerra civil, y hubo de ser reconstruida desde su base. En ese proceso, que ha logrado al fin establecer un ámbito de ciencia psicológica a la altura de cualquier país de nuestro entorno y de nuestro tiempo, han tenido Mariano Yela, y Jose Luis Pinillos, con algunos otros compañeros — Miguel Siguán, Jesusa Pertejo, Manuel Úbeda o Francisco Secadas— un papel decisivo, al apoyar el impulso inicial que de un modo u otro les comunicó o contagió el doctor José Germain, modesto y admirable iniciador de este proceso, formado y animado por sus maestros J. Ortega y Gasset y G. R. Lafora, que le respaldaron en su empresa.

Aquí, como en algunos otros campos del saber, y en particular de las ciencias humanas, el siglo XX ha sido extraordinario tanto en su capacidad creativa como en la destructiva y luego recuperadora.

Si la historia ha mostrado la inexistencia de discípulos inmediatos de Simarro, también ha mostrado la voluntad decidida de los psicólogos de nuestro tiempo de «reanudar» —diríamos ahora tomando en préstamo la expresión a Cánovas— la historia de la psicología española.

En una conferencia que pronunció en el Ateneo de Madrid en 1886, a propósito de las figuras de Pedro Mata y Mateo Orfila, deslizó ciertas frases que pueden verse como representativas de sus propios sentimientos.

«Las obras del genio —decía Simarro— exigen siempre la colaboración del medio»; y añade: «¡Que ésta es la última desdicha de los hombres de ciencia de España, después de gastar la mayor parte de su vida en trabajo negativo, si algo positivo producen, como no engrana con la cultura nacional que no existe, ni con la extranjera que se desarrolla por sí misma e independiente de nosotros, caen pronto en el olvido!» (Simarro, 1886, 558-559).

Cabría ahora pensar que, como sucede en el Quijote, las empresas españoles de fuste parecen requerir de dos salidas. Simarro representa aquí sin duda la primera; Germain, Yela, Pinillos, y sus otros compañeros, llevaron a cabo la segunda, que ha resultado ya ser definitiva. Y ello ha venido a devolver al intento de Simarro su lugar y su sentido en el proceso de nuestra historia. En el proceso de construcción de la propia identidad, los psicólogos españoles hemos recuperado las raíces y el sentido de nuestra evolución a lo largo de este siglo. Ello debe servir para potenciar un desarrollo original y al mismo tiempo situado a la altura de los tiempos. Al menos, así lo esperamos y deseamos. Y en esa tarea, el respaldo de esta Academia podrá sin duda tener una significación decisiva.

BIBLIOGRAFÍA

ARAQUISTAIN, L. (1987), «El doctor Simarro», *Investigaciones Psicológicas,* 4, 326-329 (orig. 1921).

BANDRÉS, J.; CAMPOS, J. J., y LLAVONA, R. (1988), «El doctor Simarro y los tests de inteligencia», en ROSA, A., *et al., Psicología e historia. Contribuciones a la investigación en historia de la psicología,* Madrid, Univ. Autónoma de Madrid, 107-113.

BEN DAVID, J., y COLLINS, R. (1966), «Social factor in the origins of a new science: The case of psychology», *Amer. Sociol. Rev.*, 31, 451-465.

BAIN, A. (1881), *Espíritu y cuerpo,* Madrid, A. Jubera.

CARPINTERO, H. (1982), «The introduction of scientific psychology in Spain.1875-1900», en WOODWARD W., y ASH, M. (eds.), *The problematic science: Psychology in Nineteenth-Century Thought,* New York, Praeger.

CARPINTERO, H. (1980), «La psicología española: pasado, presente y futuro», *Rev. Hist. de la Psicol.*, I (1).

— (1987), «El Dr. Simarro y la Psicología científica en España», *Investigaciones Psicológicas,* 4, 189-207.

— (1994), *Historia de la psicología en España,* Madrid, Eudema.

— (2002), «Simarro y la ciencia. Examen de un texto olvidado», *Revista de Historia de la Psicología,* 23(1): 9-30.

CLAPARÉDE, E. (1903), *La asociación de ideas,* Madrid, Jorro, 1907.

COLOM, R. (2000), *Psicología de las diferencias individuales. Teorías y práctica,* Madrid, Pirámide.

CORTEZO, C. M. (1926), «Luis Simarro», en *Médicos ilustres del siglo XIX,* Madrid, 3-32.

DOMINGO, P. (1970), *Turró, hombre de ciencia mediterráneo,* Barcelona, Portic hispanic.

ESTEBAN, L. (1974), *La Institución Libre de Enseñanza en Valencia,* Valencia, Bonaire.

FERRER BENIMELI, J. A. (1987), «El Dr. Simarro y la masonería», *Investigaciones psicológicas,* 4, 211-269.

GALTON, F. (1869), *Hereditary Genius,* London, Friedman, 1979.

GARCÍA MARTÍ, V. (1948), *El Ateneo de Madrid (1835-1935),* Madrid, Dossat.

IBARZ, V. (1994), *La psicología en la obra de Santiago Ramón y Cajal,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».

IGLESIAS, M. C., y ELORZA, A. (1973), *Burgueses y proletarios. Clase obrera y reforma social en la Restauración (1884-1889),* Barcelona, Laia.

JAMES, W. (1962), *Talks to teachers on psychology,* New York, Dover (orig. 1899).

JANET, P. (1895), «J. M. Charcot, son oeuvre psychologique», *Rev Philosophique,* 39, 569-604.

JIMÉNEZ, J. R. (1965), *La colina de los chopos,* Taurus, Madrid.

JOVER, J. M. (1987), «Contexto histórico de la obra del Dr. Simarro», *Investigaciones psicológicas,* 4, 37.

KAPLAN, T. (1971), «Luis Simarro'psychological theories», *Actas III Congreso Nacional de Historia de la Medicina,* Valencia, II, 545-555.

LAFUENTE FERRARI, E. (1953), *Breve historia de la pintura española,* Madrid, 4.ª ed., Tecnos.

LAFUENTE, E. (1980), «Sobre los orígenes de la psicología científica en España: el papel del movimiento krausista», *Estudios de Psicología,* 1, 138-147.

— (1982), «La psicología de Giner de los Ríos y sus fundamentos krausistas», *Rev. Hist. Psicol.,* 3, 247-270.

— (1987), «Los orígenes de la Psicología científica en España: las "Lecciones sumarias de Psicología" de Giner de los Ríos», *Investigaciones Psicológicas,* 4, 165-187.

LÓPEZ PIÑERO, J. M. (1983), «Simarro Lacabra», en J. M. LÓPEZ PIÑERO *et al.* (eds.), *Diccionario histórico de la ciencia en España,* Barcelona, Península.

MARÍAS, J. (1961), «La generación de 1856», en *Obras,* IV, Madrid, Revista de Occidente, 522-527.

MORENO ESPINOSA, A. (s.a.), *Compendio de Historia Universal,* Barcelona, Atlante.

MORO, A., y VILLASANTE, O. (2001), «La etapa de Luis Simarro en el manicomio de Leganés», *Frenia,* I (1), 97-120.

ORTIZ ARMENGOL, P. (1995), *Vida de Galdós,* Barcelona, Crítica.

ORTIZ GARCÍA, C., y SÁNCHEZ GÓMEZ, L. A. (1994), *Diccionario histórico de la antropología española,* Madrid, CSIC.

RAMÓN Y CAJAL, S. (1909-1911), *Hystologie du système nerveux de l'homme et des vertébrés,* Madrid, CSIC, reimp. 1972, 2 vols.

RAMÓN Y CAJAL, S. (1905), Prólogo a T. Maestre, *Introducción al estudio de la psicología positiva,* Madrid, Bailly-Baillière.

RODRÍGUEZ LAFORA, G. (1987), «El doctor Luis Simarro», *Investigaciones Psicológicas, 4,* 334-7 (orig. 1921).

SALCEDO GINESTAL, E. (1926), *El doctor Luis Simarro Lacabra,* Madrid, Imp. Teodoro.

SALMERÓN, N. (1878), Prólogo a Giner de los Ríos, H., *Filosofía y Arte,* Madrid, Imp. Minuesa.

SIGUÁN, M. (1981), *La psicología à Catalunya,* Barcelona, Eds. 62.

SIMARRO, L., «Fisiología general del sistema nervioso», *Bol. Inst. Lib. Enseñanza,* 2 (1878), 167-8, 176-7; 3 (1879): 22-3, 31-2, 37-8, 46-7, 53-3, 61-3, 79, 126-7.

— (1889), «El exceso de trabajo mental en la enseñanza», *Bol. Inst. Lib. Enseñanza,* 13: 37-39, 88-91, 369-373.

— (1886): «Mata y la medicina legal. Orfila y la Toxicología. La ciencia médica y Las teorías modernas ante los tribunales y la ley», en *La España del siglo XIX,* Conferencias históricas del Ateneo de Madrid, Madrid, Lib. A. San Martín, vol. II, 521-560.

— (1902), «La iteración», *Bol. Instit. Lib. Enseñanza,* 26: 348-352.

— (1903), «Misión de la ciencia en la civilización», en *Universidd Popular de Valencia, Conferencias,* I, Valencia, Prades, 385-439 (reed. en *Revista de Historia de la Psicología,* 2002, 23(1): 31-76).

— (1910), *El proceso Ferrer y la opinión europea,* Madrid, vol. I. (Imp. Arias).

— (1918), Prólogo a *Los sucesos de agosto ante el Parlamento. Discursos íntegros de Los señores Largo Caballero, Anguiano,* Madrid, Ed. LIF.

SPENCER, H., *Principios de psicología,* Madrid, La España Moderna, s. a., 4 vols.

TUÑÓN DE LARA, M. (1977), *Medio siglo de cultura española (1885-1936),* Madrid, Tecnos, 3.ª ed.

ULLMAN, J. C. (1972), *La Semana Trágica,* Barcelona, Ariel.

VELARDE, J. (1982), «Flores de Lemus: una revisión», *Pensamiento Iberoamericano,* 11.

VIQUEIRA, J. V. (1930), *La psicología contemporanea,* Madrid, Labor.

YELA, M. (1987), «Los orígenes de la Psicología científica en España. El Dr. Simarro y su Fundación», *Investigaciones Psicológicas,* 4, 67-79.

ZIEHEN, T. (1910), *Compendio de psicología fisiológica en 15 lecciones,* con un prefacio del Dr. Simarro, Madrid, Bailly-Baillière.